

El *Buen Vivir* como discurso utópico durante la disyuntiva de la supervivencia

Fundamentalmente, lo que quiero expresar en esta ponencia, es que nuestro presente histórico, podría ser interpretado como un periodo en el que se determinará la conservación de nuestra especie en el planeta. Asistimos y somos protagonistas de una época en la que podemos optar por el camino de la autodestrucción, para que luego de nuestra desaparición la vida rebrote; o bien, permitir nuestra supervivencia como especie, lo cual depende de la modificación radical de la sociedad moderna y capitalista construida. Es ésta la disyuntiva existencial a la que he denominado la *era de la supervivencia*, y que en mi criterio, es el escenario que está sirviendo de base a los nuevos discursos utópicos en el comienzo del siglo XXI.

La utopía del Buen Vivir de los países andinos de sur América –a la cual se le dedicará mañana toda una sesión en la tarde– es una muestra de cómo los nuevos discursos utópicos se están construyendo en torno a la reproducción de la vida. Es decir: la manera en la que sus enunciados intentan contestar a la pregunta de cómo hacer para que la vida siga siendo posible.

Si admitimos que la hermenéutica de toda utopía debería ser hecha bajo el reflejo de la preocupación de los problemas sociales, y las crisis específicas del respectivo momento histórico en la que es planteada, no creo que a quienes estamos aquí sentados nos cueste mucho trabajo aceptar, que la utopía del Buen Vivir –cuyo contenido describiré

brevemente en esta ponencia– pueda ser explicada con referencia a la crisis de una forma de vida cuyo desarrollo socava la supervivencia de la misma humanidad. Lo que ha entrado en crisis es la posibilidad de continuidad de la vida, porque la manera en la que la sociedad vive hoy, no permite que la vida en su conjunto siga reproduciéndose. En todo caso, lo que quiero plantearles, es que la utopía del Buen Vivir puede interpretarse inserta en esta disyuntiva existencial.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que el Buen Vivir no solo crítica a un modelo económico –como fue reiterativo durante el marxismo ortodoxo– sino a la crisis del pensamiento moderno como una totalidad sistémica. Si lo que ha entrado en crisis son los fundamentos modernos de toda una civilización que se halla en riesgo de auto-extinción, no resulta extraño que los nuevos discursos utópicos cuestionen esas mismas racionalidades que nos están conduciendo hacia el abismo.

Me estoy refiriendo particularmente, a la escisión entre naturaleza y cultura, al divorcio de entes que no vuelven nunca a ser reunidos, a la soberbia aprehensión del individuo humano como único sujeto y centro del mundo, al utilitarismo, y a la concepción de que vivimos entre cosas inertes siempre disponibles para nuestros afanes explotadores.

Lo interesante del asunto, es que la utopía del Buen Vivir para elaborar su discurso, no se construye a partir de un saber erudito o cientificista; por el contrario, está cimentado en racionalidades, formas de interpretar el mundo y prácticas vivas de diversas comunidades rurales latinoamericanas.

Específicamente la expresión Buen Vivir o Vivir Bien, es una traducción del vocablo *sumak kawsay* –en quechua– o *suma qamaña* –en aymara–, concepto que podemos entender, como el arte de vivir en armonía, respeto y equilibrio con la totalidad de formas de existencia, a través de la comprensión de que todo está interconectado, es interdependiente y está interrelacionado con todo lo demás. Justamente, la *relacionalidad* es el concepto fundamental de las racionalidades de estos pueblos, el cual se manifiesta en el conjunto de sus concepciones existenciales. Saber vivir, o dicho en todo su esplendor: “la vida en plenitud”, implica la armonía, equilibrio y convivencia con el resto de los sujetos de la Madre Tierra.

Se trata del reconocimiento de que los individuos no pueden vivir sino en permanente relación con su comunidad y, que a su vez, la comunidad no puede ser sino en función de sus individuos. No es que el individuo salga de escena; se trata del entendimiento de que para que éste pueda ser, ineluctablemente, debe permanecer ligado a la comunidad, porque únicamente en la indisoluble conexión con su entorno es posible que mantenga su propia individualidad. No obstante, la comunidad de la cual se habla no solo está conformada por personas, sino también por animales, plantas, montañas, aire, agua, o minerales, y en fin, la totalidad de los seres de la Madre Tierra.

Según esta concepción del mundo la Tierra no es un objeto o una cosa, como lo sugiere el discurso dominante occidental, por el contrario, la Tierra es un organismo vivo, una madre nutriente que pare, cría y ampara a todos sus hijos, quienes indisolublemente se encuentran hermanados en el lecho de su seno. Pero además, aceptar la metáfora de la Tierra como Madre, implica reconocer que los seres humanos

seríamos tan solo una criatura más entre las muchas que componen la naturaleza. Antes que seres racionales, somos entes naturales vinculados por nexos vitales con el conjunto de fenómenos cósmicos.

Ahora bien. El principio de la *relacionalidad*, como noción fundamental de estas racionalidades, se manifiesta en por lo menos dos principios derivados. El primero de ellos es el principio de la *complementariedad*, el cual hace referencia a que nada existe de manera solitaria, sino siempre en convivencia con sus complementos específicos. No hay nada existente por sí mismo, debido a que todos somos miembros de una gran comunidad ligada en redes de interdependencia mutua, y por tanto, cada entidad es naturalmente incompleta, y necesita del resto para existir. El principio nos enseña que vivimos en un mundo de simbiosis en donde cada quien es incompleto, y requiere de “lo otro” para complementarse.

Este principio se expresa en la vida comunal de los pueblos indígenas y afrodescendientes de Latinoamérica, en las cuales existe la convicción de que el individuo autónomo y separado está incompleto y, en derivación, solo es posible ser en el mutualismo comunitario. El principio de la complementariedad es, en definitiva, una racionalidad intersubjetiva, fincada en la comunidad, en donde todos somos sujetos que nos necesitamos los unos a los otros, y nos complementamos entre sí.

El segundo principio epistemológico, es el principio de la reciprocidad, el cual se manifiesta pragmáticamente en la cotidianidad de las sociedades rurales latinoamericanas. Hace parte de la noción de la bidireccionalidad, es decir, la afirmación

de que todos los aspectos de la realidad se corresponden de manera armoniosa, en una correlación mutua y bidireccional.

Según el principio de la *reciprocidad* a cada acto le corresponde un acto recíproco, es decir, el esfuerzo de una acción realizada por alguien debe ser recompensado por otro esfuerzo de la misma magnitud. Mucho más que un valor instrumental, utilitario y economicista según ha sido delineado por las teorías sobre el “capital social”, es una normativa relacional que persigue guardar el equilibrio y la armonía comunitaria, pues imaginar una relación entre dos, en la que una de las partes dé y la otra solo reciba, es romper la estabilidad que debe ser mantenida en la totalidad.

La *reciprocidad* en la vida cotidiana, puede apreciarse en el trabajo colectivo de las comunidades rurales, en lo denominado en diferentes partes de Latinoamérica como mingas, convites, tequios o faenas, actividad consistente en la convocatoria de toda la comunidad para el mantenimiento de carreteras y caminos, acueductos, escuelas, parcelas comunales, o para la construcción de infraestructura pública para el beneficio común.

Asimismo la *reciprocidad* también puede percibirse en la mano vuelta o mano cambiada, la cual es una forma institucionalizada laboral de ayuda mutua, en la que un dueño de una parcela se pone de acuerdo con algunos de sus vecinos para hacer un determinado trabajo conjunto en su predio, con la condición tácita de regresarles el favor en el momento que ellos lo requieran. Del mismo modo la *reciprocidad* se hace

presente en la ayuda equitativa durante la realización de fiestas patronales, bazares, rituales y diferentes eventos de la vida comunitaria de los habitantes del campo.

Sin embargo, tal principio vivencial expresado en las labores comunitarias y económicas, y en la práctica cotidiana de la comunalidad mancomunada, no solo compete a las interrelaciones humanas, sino también a las interacciones con la naturaleza. La racionalidad consiste en que al igual como la Tierra nos ofrece todos los elementos físicos necesarios para vivir, ella requiere que los humanos le reciproquemos en correspondencia. Cuando no lo hacemos, como ocurre en la actividad extractiva, se crean profundos desequilibrios en la relación, porque las personas son las únicas receptoras inmersas en un vínculo unidireccional.

En resumidas cuentas, los principios de la relacionalidad, complementariedad, y reciprocidad se expresan en el concepto del Buen Vivir, que en todo su esplendor significa la “vida en plenitud”, el hecho de ser y estar tan lleno que se es sobreabundante. Es estar bien consigo mismo, lo que por definición significa vivir en armonía, respeto y equilibrio con lo existente, a través de la comprensión de que todo está interconectado con lo demás. Es la experiencia plena de una vida fincada en las relaciones armónicas y equilibradas entre los miembros de la gran comunidad de la Madre Tierra, entre los que están incluidos, por supuesto, también los seres humanos. Es la vida gozosa en la cual la múltiple interrelacionalidad entre sujetos conectados en una compleja red produce placer y felicidad. Es una manera de concebir la vida indisolublemente asociada con el bienestar de la Madre Tierra y el de los demás seres humanos.

En contraposición al Vivir Mejor occidental, la racionalidad del Buen Vivir no pretende que unos vivan mejor que otros, pues no se puede pretender Vivir Bien sabiendo que los demás están mal. Sería como aceptar el desequilibrio relacional y la desarmonía comunitaria. El ideal, por el contrario, es que todos podamos Vivir Bien, dentro de un conjunto de relaciones equilibradas, armónicas, equitativas, complementarias y recíprocas entre las personas, pero también entre los seres humanos y la naturaleza.

Según puede apreciarse es un paradigma radicalmente opuesto al modelo de la buena vida occidental moderna, debido a que no es la separación con la naturaleza, ni el énfasis en la racionalidad concebida a partir del individuo, sino la inmanencia de la relación intersubjetiva y la atención en la vida comunitaria, las que dan las bases para Vivir Bien.

El Buen Vivir tiene además una manera característica de concebir la temporalidad, la cual está ligada a los ciclos agrícolas, por lo que a diferencia de la linealidad, progresividad e infinitud del tiempo moderno, la temporalidad es cíclica, parecida al eterno retorno nietzscheano, pues hay siempre posibilidad de volver al punto de partida. Sabemos que el tiempo del progreso es el que da sentido a la acumulación, pues como nunca habrá retorno, es menester atesorar, reservar, y descontar del presente para llevarse al futuro. Por el contrario, cuanto existe ciclicidad en el tiempo, como ocurre en las economías campesinas, acumular no tiene sentido porque siempre habrá retorno de los periodos de sequía y lluvias, recuperación de la fertilidad del terrero por la rotación de cultivos, o reintegro de las semillas para la siembra luego de la cosecha. Para la racionalidad cíclica el futuro está algunas veces adelante pero otras veces atrás, y el

pasado en ocasiones se encuentra atrás aunque también adelante. Por eso la lógica del Buen Vivir no es un progreso inevitable hacia lo mejor, sino hacia el restablecimiento o retorno de la armonía que ha sido desequilibrada.

En el escenario político, esta profunda filosofía es la que está sirviendo de base para refundar dos Estados, como está ocurriendo en Ecuador y Bolivia. Los principios orientadores de sus nuevas constituciones conminan al equilibrio y la armonía en las relaciones humanas, y entre éstos y la Madre Tierra, pero a diferencia de los discursos sobre la sustentabilidad y la “economía verde”, se reconoce la incompatibilidad de dichos fines con la acumulación ilimitada del capital y el Vivir Mejor de la sociedad contemporánea.

El discurso sostiene que debemos reorientar las bases del ser, lo cual se consigue recobrando la vida interrelacionada con la naturaleza logrando que nuestras acciones sean compatibles y congruentes con las demás maneras de existencia. El *Buen Vivir* reclama la vuelta a una vida modesta en constante relación con la comunidad en donde se privilegien las verdaderas necesidades y no aquellas impuestas por la lógica del capitalismo.

Asimismo, la utopía busca una economía mutualista, orientada sobre los principios de la reciprocidad y la complementariedad. De modo que no es la competencia, ni el énfasis en el individuo, sino la complementación entre diferentes, las bases que deben regir las nuevas relaciones económicas. Lo anterior no es un tema menor, porque la utopía

intenta poner el acento sobre un tema frecuentemente olvidado: la importancia de la afectividad en las relaciones sociales.

Como nos recuerda el biólogo Francisco Maturana el *Homo sapiens* se creó a sí mismo, a través de la relación intersubjetiva con los demás individuos de su especie, lo que significa que somos constitutivamente sociales porque vivimos nuestra cotidianidad vinculados con el ser de otras personas. Lo revelador del asunto, es que la evolución de nuestra especie no se fundó ni en el individualismo ni en la competencia, sino en la sociabilidad cooperativa, porque nos hicimos a nosotros mismos en procesos de coordinación y colaboración recíproca. En todo caso, es meritorio que el discurso en torno a la economía del Buen Vivir preste cuidado a la empatía comunitaria y en la afectividad como el fundamento del intercambio de bienes y servicios.

Lo que quiero expresar ya para finalizar, es que las utopías contemporáneas en Latinoamérica son posibles gracias a que el tema de la reproducción de la vida pudo ponerse al centro del debate, y en un escenario, en donde los sistemas de pensamiento modernos han encontrado desde hace tiempo sus límites, los pueblos que por siglos han sido humillados, menospreciados y discriminados, por fin cuentan con el contexto propicio para hacer emerger una potente imagen en un discurso político.

No es que esté afirmando que existan mejores formas de entender el mundo que otras. Pero en un momento en el que la disyuntiva de la existencia nos ha planteado la pregunta por la posibilidad de seguir siendo sobre la Tierra, considero que es necesario

inspirarnos en ontologías y epistemologías relacionales y superar aquellas fragmentarias sobre las que se ha edificado el sistema-mundo capitalista.

En definitiva, el Buen Vivir es un caso de utopías que emergen en lo que he denominado la *era de la supervivencia*. Y lo he intitulado de esta manera porque justamente, el tema de la no asegurada supervivencia de la especie humana sobre la Tierra, es el enunciado medular sobre el que se están edificando el resto de enunciados de estos nuevos discursos utópicos. No solo para cuestionar el sistema capitalista, sino para elaborar una propuesta alternativa centrada en la reproducción de la vida.

Y esto quizá es posible porque en el fondo de la antiutopía de la auto-extinción yace la idea de poder todavía construir un mundo en armonía y equilibrio, pues según ha enseñado la historia, las distopías apocalípticas abren la puerta a la imaginación social y dan pie a que se creen utopías que contradigan el sombrío futuro que ha sido previsto. Pues bien, en la *era de la supervivencia*, es el discurso científico, el que le ha dado toda la legitimidad simbólica a una idea que ha prevalecido desde la segunda mitad del siglo XX: me refiero a la certeza de que la humanidad, encarrilada en el progreso técnico, se está destruyendo a sí misma.

Me atrevo a asegurar que, éste, es el tema que ha adquirido la mayor legitimidad para ser discutido en el comienzo del siglo XXI, y no resulta absurdo, que los nuevos discursos utópicos se elaboren alrededor de las nuevas preguntas existenciales y ontológicas a los que nos aboca la destrucción del planeta.

La invitación profunda que nos hace el Buen Vivir es entender que la actual hecatombe socioambiental es el resultado de la pobreza de pensamiento de la modernidad occidental, y que debemos aceptar el reto de transgredir sus lógicas predatorias, y hacer un diálogo con otras culturas, para que, creativamente, y entre todos, podamos construir alternativas viables para hacer una transición civilizatoria. Finalmente, lo que está en juego es la posibilidad de que podamos mantener nuestra propia vida en el planeta.